

El enemigo común

Andrés Granbosque

gato mojado

El enemigo común

© Andrés Granbosque, 2022

Todos los derechos de esta edición reservados para:

Gato Mojado

www.gatomojado.com

Corrección: Javier Sánchez Meco y Jan Luca Nogal Ruiz

Maquetación: Javier Sánchez Meco

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación parcial o total de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Archivo digital descargado de www.gatomojado.com.

Primera parte

Huellas

1

Esta noche he soñado que despertaba en el cuerpo de la mujer. O debería decir de una mujer, no sé. Como no la conozco ni sé qué aspecto tiene, no puedo decir que fuera esa mujer y no otra. Además, ni siquiera me veía a mí mismo, ni podía abrir los ojos, por el dolor, pero era un dolor diferente, uno normal, como cuando miras al sol de frente. Cuando me despierto en un cuerpo extraño después de cada operación, el dolor no es así, no es un dolor normal, es más bien un pinchazo que se te mueve por dentro, que no sabes localizar. Será cosa de los sueños, que intentan engañar pero no lo hacen del todo bien. Por supuesto que de eso me doy cuenta ahora, en el momento no me percataba del engaño. Al menos ahora, que ya me he relajado un poco, diría que he aprendido dos cosas de este sueño. En fin, pongamos

que era ella y yo me despertaba en su cuerpo. El pelo me tiraba del cuero cabelludo. La piel me picaba por el roce con la sábana. Me daba la sensación de estar desnudo, o desnuda, un gustazo otro día, pero mi piel era hipersensible y cada pliegue de la tela me molestaba. La levantaba, la sábana, y me miraba. Lo primero en que me fijaba era en mis pechos, o la ausencia de ellos. Es decir, pechos tenía, por supuesto, pero desde mi punto de vista, desde arriba, solo sobresalían dos bultos picudos, ni siquiera me veía los pezones. Supongo que así se los ven las mujeres a sí mismas. Y la entrepierna, igual, no me veía nada de nada. Por un momento me pareció cruel no poder verme la entrepierna. Cruel para las mujeres, quiero decir. Cierto es también que no podía curvar mucho la espalda estando en la cama y que probablemente las mujeres no se vean a sí mismas de esa forma tan fea.

Me ponía en pie de un salto a pesar del dolor, asustado, e iba cojeando hasta el aseo. Allí me soltaba el pelo, que llevaba recogido en una coleta. Hacía años que no llevaba coleta, no cuando era Dissam, creo que cuando era algún otro, pero, como digo, hacía años. En el sueño me la quitaba porque me tiraba mucho y me parecía que la piel se me iba a desgarrar. Al soltarme el pelo tenía un aspecto horrible, desaliñado, como de bruja.

Lo más chocante es que no había nadie más. El hospital estaba desierto. Por un momento me gustó, porque

siempre que despierto estoy rodeado de gente, de médicos, del doctor Grange, que él sí es normal que esté conmigo, pero el resto no sé qué falta hacen, y de más hombres con bata que estoy seguro de que no son médicos aunque traten de aparentarlo. No sé si será el doctor Grange quien los invita a pasar, como si fuera una feria; quizá son los que ponen la pasta, a decir verdad, nunca lo he preguntado. La cuestión es que estaba solo y por un momento me gustó poder levantarme con un poco de intimidad, pero cuando caía en que el pasillo también estaba desierto, que en la calle no había ni una persona ni un coche a la vista, algo impensable en pleno barrio de Kowloon, que está abarrotado a cualquier hora, me daba cuenta de que algo iba mal. Por cierto, a través de las ventanas reconocía el paisaje de Hong Kong, pero ya hace años que las operaciones no me las hacen allí. Será otra de esas trampas de los sueños, que una vez que aprenden algo que te asusta te lo repiten incansablemente, aunque tú ya lo hayas olvidado, incluso aunque ya ni te preocupe; me refiero a Kowloon, que a estas alturas es el menor de mis temores. Encontrarme solo y condenado a vivir el resto de mis días en el cuerpo de esa mujer sí es un miedo actual, y un miedo normal, cualquiera estaría de acuerdo.

Parecía que hubiese desaparecido toda la población de la Tierra de repente, como en una película. Pero yo me acababa de despertar de una operación en la que

habían colocado mi cerebro en el cuerpo de esa mujer. Alguien debió haberlo hecho. Evidentemente eso no va a pasar, que desaparezca todo el mundo, pero que desaparezcan algunas personas, y me refiero a morir, está dentro de lo posible. Que el doctor Grange se esfume cualquier día es una posibilidad real. Eso es lo que me ronda la cabeza últimamente.

Milín fue la que me enseñó a entender los sueños de esa manera, como un pequeño yo que está siempre despierto y encerrado. Nos habla siempre, día y noche, pero solo lo escuchamos cuando no prestamos atención al resto de los estímulos, cuando dormimos, y lo que nos dice ese pequeño yo no es ni más ni menos que lo que piensa desde su encierro con la poca información que le llega del exterior, con sus sentidos limitados, no como los nuestros, que nos aportan información de primera mano; a sus sentidos llega muy poco, no alcanza a ver a través de las cuencas de nuestros ojos, no escucha bien a través de la membrana del tímpano. Eso sin hablar de la locura que debe de provocar estar atrapado dentro de un cráneo. Un tipo encerrado, medio sordo, medio ciego y desquiciado pero que siente todo lo que sentimos nosotros, pues la adrenalina y la serotonina las recibe a raudales. Ese tipo de ser es el que nos habla cuando dormimos, así que a sus palabras

le tenemos que atribuir una credibilidad limitada. Eso me lo enseñó Milín y he de reconocer que funciona. Desde que veo los sueños con ese filtro soy incluso capaz de aprender de ellos. Y, como decía, el sueño es una prueba clara de que estoy acojonado. Razones no me faltan, no hay que ser un genio, cualquier hombrecillo perturbado y encerrado en un cráneo se daría cuenta, y más si el cráneo es, qué ironía, el mío, así que no vale la pena darle más vueltas, tan simple es.

La otra cosa que he aprendido, mejor dicho, de la que me he dado cuenta, es sobre Milín, pero prefiero no pensar en eso por ahora. Cuando a uno no le gusta algo de otra persona es que siempre, y digo siempre, hay algo que no le gusta de sí mismo, lo que me lleva de nuevo al punto número uno, que estoy acojonado y el asunto de Milín es mejor que lo deje para cuando tenga la cabeza más despejada. Ahora prefiero reconfortarme con los buenos recuerdos que tengo. Cómo la echo de menos.

2

Aún a veces se me escapa la expresión «cuando era Dissam». Cuando pienso o cuando hablo para mí mismo, porque en voz alta nunca se me ocurriría decirla. Sigo siendo Dissam, pero me odio cuando me viene ese pensamiento. No estoy en el cuerpo de Dissam, en mi cuerpo, en el que nací, no tengo ya mi voz, mis ojos, mis gestos ni mi olor, pero sigo siendo yo, él. Mis recuerdos y mi conciencia están aquí, solo he cambiado de envoltorio. Afortunadamente casi todo lo que consideramos nuestra esencia, nuestra personalidad, está en el cerebro, así que si lo movemos a otro cuerpo lo imprescindible no se pierde, por eso sigo siendo yo, Dissam, aunque nadie me llame por ese nombre, aunque mi cuerpo original esté podrido y lleno de gusanos.

Antes de cambiar de tema, quiero recalcar dos cosas. La primera: el «casi» de «afortunadamente casi todo», porque todo, lo que se dice todo, no; es increíble la cantidad de cosas que se desvanecen al cambiar de órganos. La segunda: la palabra «afortunadamente». Para mí es una suerte que conserve lo que conservo, que si bien no es todo, es suficiente; de otro modo, no me habría metido en este embrollo. Si nuestros recuerdos estuvieran en el estómago y nuestra conciencia en los pulmones, o nuestros gustos en los pies, ¿a quién podría beneficiar eso? A mí me viene bien que todo lo esencial esté ahí, en el cerebro, todo junto, una sola operación, compleja, pero una, y listo. Por eso me atrevo a decir *afortunadamente*.

Las personas que se someten a trasplante obtienen un cuerpo que es como un lienzo en blanco en el que no queda casi nada, no hace falta que explique otra vez el *casi*, de su dueño anterior. No es un cuerpo nuevo, pero como si lo fuera, y así, en un simple paso, todo lo importante de ellos, lo que les hace ser ellos mismos, lo sacan de su pellejo viejo, oxidado, estropeado o sencillamente feo y lo insertan en un lienzo en blanco.

«Dueño» es una palabra que no me gusta ni un pelo para designar la relación entre cuerpo y mente, pero tampoco es de esos términos que me hagan odiarme a mí mismo por decirla.

Ahora soy Joshua y también soy Dissam. Dicho así parezco un profeta o un chalado, pero es importante tener los conceptos muy claros. Ahora, en estos días, soy Joshua porque tengo su cuerpo y porque tengo que convencer a los demás de que lo soy y pasar desapercibido, no hay más porqués, y soy Dissam porque es quien soy.

He perdido la cuenta de por cuántos cuerpos he pasado y me da un poco de rabia olvidarlos, pero tampoco es que me odie por eso.

Estoy seguro de que, sin ir más lejos, el doctor Grande también ha perdido la cuenta de, digamos, todos los lugares a los que ha ido de vacaciones. Si se esfuerza en enumerarlos, apostaría un brazo a que le faltarían al menos un par de ellos, si no una docena. Los viajes que ha hecho con su familia, los que hizo con su mujer antes de tener a las hijas, los que hizo antes de casarse... quién se va a acordar de todos los lugares y las fechas en un periodo de treinta, quizá cincuenta años. O mejor, las mujeres con las que se ha acostado. Podría ser una o cien, no tengo ni idea de su vida personal, pero el ejemplo vale para cualquiera. Si incluso hay quien tiene que pensar, aunque sea medio segundo, para decir su propia edad. Así que no es tan raro, ni tan malo, que yo no pueda decir de memoria todos los cuerpos por los que he pasado. Unos me han gustado, otros no, de

algunos tengo buenos recuerdos, de otros no, pero, en todo caso, no es más que trabajo. Como ya he dicho, los conceptos hay que tenerlos claros.

Aun así, si me esfuerzo en recordar, con suficiente tiempo, los nombraría todos.

No es una exageración, me odio de verdad cuando utilizo *esa* expresión, aunque sea conmigo mismo, aunque sea un pensamiento que nadie más oye. De odio sé mucho y sé reconocerlo. Me enfado conmigo mismo porque parece una señal de que me he dado por vencido.

Y puestos a ser sinceros, he dicho que no se me ocurriría soltarla en voz alta, pero no puedo asegurar que en el momento más inoportuno se me escape, lo que me lleva de vuelta a la lección número uno del puto sueño.